

Antología de la Poesía en Castellano

Selección de Leandro Laitano



Editorial Planeta

1. Elegía

Miguel Hernández

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se
me ha muerto como del rayo Ramón
Sijé, con quien tanto quería.)

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.

Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.
Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi
herida, lloro mi desventura y sus
conjuntos y siento más tu muerte
que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las
flores pajareará tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.

Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas
y tu sangre se irán a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras
espumosas mi avariciosa voz
de enamorado.

A las aladas almas de las rosas del
almendro de nata te requiero, que
tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

2. Tú me quieres blanca

Alfonsina Storni

Tú me quieres alba, me quieres de espumas, me quieres de nácar.
Que sea azucena Sobre todas, casta.
De perfume tenue. Corola cerrada.

Ni un rayo de luna filtrado me haya.
Ni una margarita se diga mi hermana.

Tú me quieres nívea, tú me quieres blanca, tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas las copas a mano,
de frutos y mieles los labios morados.

Tú que en el banquete cubierto de pámpanos dejaste las carnes festejando a Baco. Tú que en los jardines negros del Engaño vestido de rojo corriste al Etrago.

Tú que el esqueleto conservas intacto no sé todavía por cuáles milagros, me pretendes blanca

(Dios te lo perdone), me pretendes casta
(Dios te lo perdone), ¡me pretendes alba!

Huye hacia los bosques, vete a la montaña; límpiate la boca; vive en las cabañas; toca con las manos la tierra mojada;

alimenta el cuerpo con raíz amarga;
bebe de las rocas; duerme sobre escarcha; renueva tejidos con salitre y agua:

Habla con los pájaros y lévate al alba.
Y cuando las carnes te sean tornadas,

y cuando hayas puesto en ellas el alma que por las alcobas se quedó enredada,

entonces, buen hombre, preténdeme blanca, preténdeme nívea, preténdeme casta.

4. Me gustas cuando callas

Pablo Neruda

Me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.

Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma emerges de las cosas, llena del alma mía.

Mariposa de sueño, te pareces a mi alma, y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante. Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.

Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza: déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio claro como una lámpara, simple como un anillo.

Eres como la noche, callada y constelada. Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente. Distante y dolorosa como si hubieras muerto.

Una palabra entonces, una sonrisa bastan. Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

7. Palabras para Julia

José Agustín Goytosolo

Tú no puedes volver atrás porque la vida ya te empuja como un aullido interminable. Hija mía es mejor vivir con la alegría de los hombres que llorar ante el muro ciego.

Te sentirás acorralada te sentirás perdida o sola tal vez querrás no haber nacido. Yo sé muy bien que te dirán que la vida no tiene objeto que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso. La vida es bella, ya verás como a pesar de los pesares tendrás amigos, tendrás amor.

Un hombre solo, una mujer así tomados, de uno en uno son como polvo, no son nada. Pero yo cuando te hablo a ti cuando te escribo estas palabras pienso también en otra gente.

Tu destino está en los demás tu futuro es tu propia vida tu dignidad es la de todos. Otros esperan que resistas que les ayude tu alegría tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes junto al camino, nunca digas no puedo más y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás como a pesar de los pesares tendrás amor, tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección y este mundo tal como es será todo tu patrimonio. Perdóname no sé decirte nada más, pero tú comprende que yo aún estoy en el camino.

9. A una rosa

Góngora

Ayer naciste, y morirás mañana.
Para tan breve ser, ¿quién te dio vida?

¿Para vivir tan poco estás lucida?
Y, ¿para no ser nada estás lozana?

Si te engañó su hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en tu hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para la vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

Ya besando unas manos cristalinas,
ya anudándose a un blanco y liso cuello,
ya esparciendo por él aquel cabello
que Amor sacó entre el oro de

sus minas, ya quebrando en aquellas
perlas finas palabras dulces mil
sin merecello, ya cogiendo de cada
labio bello

purpúreas rosas sin temor de espinas,
estaba, oh, claro sol invidioso,
cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,
porque no den los suyos más enojos,
rayos, como a tu hijo, te den muerte.

10. A un olmo seco

Antonio Machado

Al olmo viejo, hendido por el rayo y
en su mitad podrido, con las lluvias
de abril y el sol de mayo algunas hojas
verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina que
lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,

ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino; antes que te
descuaje un torbellino y tronche el
soplo de las sierras blancas;

antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas, olmo, quiero
anotar en mi cartera la gracia de tu
rama verdecida.

Mi corazón espera también, hacia
la luz y hacia la vida, otro milagro
de la primavera.

20. Si el hombre pudiera decir

Luis Cernuda

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
si el hombre pudiera levantar su amor
por el cielo como una nube en la luz;

si como muros que se derrumban,
para saludar la verdad erguida en medio,
pudiera derrumbar su cuerpo,
dejando sólo la verdad de su amor,

la verdad de sí mismo, que no se llama
gloria, fortuna o ambición, sino amor o
deseo, yo sería aquel que imaginaba;

aquel que con su lengua, sus ojos y sus
manos proclama ante los hombres
la verdad ignorada, la verdad de su
amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de
estar preso en alguien cuyo nombre
no puedo oír sin escalofrío;
alguien por quien me olvido de esta
existencia mezquina

por quien el día y la noche son para
mí lo que quiera, y mi cuerpo y espíritu
flotan en su cuerpo y espíritu

como leños perdidos que el mar anega
o levanta libremente, con la libertad del
amor, la única libertad que me exalta, la
única libertad por que muero.

Tú justificas mi existencia:
si no te conozco, no he vivido;
si muero sin conocerte, no muero,
porque no he vivido.

23. Noche oscura

San Juan de la Cruz

En una noche oscura
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada, estando ya mi
casa sosegada.

A oscuras, y segura,
por la secreta escala disfrazada,

¡Oh dichosa ventura!
a oscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa en secreto, que
nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba más cierto que la luz
del mediodía, adonde me esperaba
quien yo bien me sabía, en parte donde
nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
oh noche que juntaste

Amado con Amada.
¡Amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido, que entero para él
solo se guardaba, allí quedó dormido,
y yo le regalaba, y el ventalle de
cedros aire daba.

El aire de la almena, cuando yo
sus cabellos esparcía, con su mano
serena en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quédeme, y olvídeme, el rostro recliné
sobre el Amado, cesó todo, y
déjeme, dejando mi cuidado entre
las azucenas olvidado.